

978|980|439|038|8

Humberto Valdivieso  
Lorena Rojas Parma

Editores-compiladores

**NEXT:**  
**IMAGINAR EL POSTPRESENTE**  
FILOSOFÍA, ARTE Y TECNOLOGÍA  
EN LA CULTURA DIGITAL

  
abediciones

COLECCIÓN  
**LETRAVIVA**

 Fundación  
Telefónica  
Movistar

# TRÁNSITO Y SIMULTANEIDAD. SOBRE EL POSTPRESENTE

5

LORENA ROJAS PARMA <sup>I</sup>

## Resumen

La expansión del prefijo «post» en nuestras disciplinas ha ido alterando las certezas que daban sentido a nuestra comprensión del mundo. En los últimos años, esa expansión se ha incrementado y la manera de relacionarnos con el tiempo no ha sido una excepción: ha venido por nosotros un «postpresente». Tiempo que transcurre sin volverse pasado o futuro, en el que persiste el presente en transformación. El texto se propone una exploración sobre las experiencias que confluyen en esta temporalidad, su acento en el tránsito y el cambio de perspectiva que lleva consigo.

*Palabras clave:* postpresente, transformación, expansión, tránsito, devenir.

## Abstract

The expanding use of the prefix “post” in our disciplines has been altering the certainties that gave meaning to our understanding of the world. The way we relate to time has not been an exception: a “post-present” time has reached us. Time that passes without becoming past or future, a time in which the present persists in transformation. This text proposes an exploration of the experiences that come together in this temporality, highlighting its transitoriness and the change of perspective that it entails.

*Keywords:* Post-present, Transformation, Expansion, Transit, Becoming.

---

I Universidad Católica Andrés Bello.

*El camino que puede caminarse no es el Camino constante;  
el nombre que puede nombrarse no es el Nombre constante*

Tao Te Ching

*Solo siendo así, múltiples, podremos estar solos,  
al fin, con la verdad*

Fernando Pessoa

## α. Proemio

En los hermosos y conocidos pasajes de *Confesiones*, de san Agustín, en los que afirma que no sabe «qué es el tiempo» cuando quiere explicarlo a quien lo pregunta, afirma también, aunque con certeza, que el tiempo pasado ya *no* es, el tiempo futuro *aún* no es, y que el presente, por su fugacidad, se vuelve pasado. Esa condición efímera del presente, su transcurrir de inicio a fin, es lo que eventualmente nos va a permitir «medir» la extensión del tiempo en el alma.<sup>1</sup> Es por ello que el filósofo se pregunta: «¿cómo decimos que el presente existe si su razón de ser estriba en dejar de ser? No podemos, pues, decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser».<sup>2</sup> El presente sería, en efecto, lo único que podría existir, pero al volverse pasado «ya no es». Si no transcurriese, si el presente pudiera detenerse para no disolverse de pretérito, entonces ya no sería tiempo, pues, en ese caso, sería eternidad. Pero la naturaleza de la eternidad, como es sabido, no es ese suceder de la temporalidad sino la quietud. El creador del tiempo es Dios, por ello, dice san Agustín: «Precedes a todos los tiempos pasados con la excelencia de tu eternidad siempre presente».<sup>3</sup>

El tiempo implica necesariamente la movilidad, de manera que el presente por *ser* tiempo, no podría permanecer *siendo* presente. La pregunta de san Agustín por la existencia del presente, y el develamiento de su razón como «dejar de ser», nos plantea, de forma profunda y sugerente, la complejidad que se abre ante nosotros en las relaciones contemporáneas con el tiempo. Pues si ese presente tránsfuga del santo se metamorfosea pasado de inmediato y desaparece —se refugia en la memoria como recuerdo—, ¿qué significa que haya venido a nosotros un «postpresente»? ¿Qué implica un presente que persiste, cuyo tránsito no se extingue en pasado? ¿Qué ocurre con la espera, con

1 San Agustín, *Confesiones*, XI, 27, 341 (Madrid: Alianza, 1994).

2 San Agustín, *Confesiones*, XI, 14, 327.

3 San Agustín, *Confesiones*, XI, 13, 326.

lo que ha de venir, que ya no quiere llamarse futuro? En el postpresente se descubre, como veremos, una persistencia del presente en su devenir y que, sin ser eternidad, se desentiende de nuestras formas temporales heredadas. Desde esta mirada de las cosas, se revela un presente en expansión que no «tiende a no ser», y que se extiende sin límites a través de un tránsito que, al modo del rizoma, no «inicia» ni «termina».<sup>4</sup>

Pensar este abandono de los extremos, que desviste al tiempo de presente-pasado-futuro de manera más o menos lineal, tal vez nos permita «comenzar» esta breve reflexión que trata de comprender lo que nombra el postpresente. Un tiempo ajeno a los tiempos gramaticales, pero no ajeno a la vida. Digo «tal vez» porque, con toda seguridad, podríamos comenzar (acaso continuar) por algún otro lugar, de alguna otra manera, pues estos tiempos expansivos se reconocen trayectos del devenir, y no una condición de la razón o una medida de lo que inicia y termina. El advenimiento del «post» a nuestras vidas (posthumanismo, postfotografía, postpostmodernidad...), implica, entre otras cosas, la disolución —o el énfasis en la disolución— de las relaciones del tipo sujeto/objeto, masculino/femenino, hombre/máquina, naturaleza/cultura, y cualquier otro tipo de quiebre o relación binaria entre las cosas. Se apunta, con ello, a la unidad-plural de la existencia, a una ontología horizontal que, en última instancia, constituye todo lo que existe.<sup>5</sup>

En este sentido, el tiempo, que no escapa a estas reflexiones, se devela «postpresente» en la medida en que disuelva las fracturas que lo hacen pasado o futuro; cuando se reconozca tránsito que se atraviesa de cambios, direcciones diversas o pluralidad. Esto nos permite pensar nuevamente, y quizá esto sea lo más interesante, las relaciones binarias y también lineales del tiempo —pasado/presente o pasado/presente/futuro—, y preguntarnos si, en realidad, el tiempo que nos atraviesa durante la vida funciona en los límites de esas relaciones. Si nuestros tiempos vitales no son más híbridos que binarios, más diversos que lineales. Es bien sabido que la linealidad del tiempo no ha sido la única manera de comprenderlo. Recordar a los griegos quizá sea suficiente.<sup>6</sup> Por tanto, lejos de hacer una historia cultural del tiempo, se trata de replantear filosóficamente el presente y de reconsiderar la «lejanía» de lo sucedido o el «fin» que debemos alcanzar. Para ello, la propuesta es explorar, en diálogo interior, sin querer proponer soluciones y con el ánimo de Sócrates, nuestras relaciones con el tiempo.

---

4 Cfr. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas* (Valencia: Pre-textos, 2002), 25.

5 Cfr. Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el barroco* (Barcelona: Paidós, 1989) 11 y ss.; Rosi Braidotti, *Lo posthumano* (Barcelona: Gedisa, 2013), 59-60; Francesca Ferrando, *Philosophical Posthumanism* (Nueva York: Bloomsbury, 2019) 166 y ss.; Baruch de Spinoza, *Ética según el orden geométrico* (Madrid: Aguilar, 1980).

6 Cfr. *Heraclitus*, fragmento 34, Miroslav Markovich (Mérida: U.L.A., 1968), 54; Ángel Cappelletti, *Mitología y filosofía: los presocráticos* (Bogotá: Cíncel, 1987), 25 y ss.

## β. Episodios

El tono que trae consigo el postpresente, tiene que ver, pienso, con nuestro tiempo vital, es decir, con el tiempo que no se mide, como el que nos envejece o nos desenamora. El que transcurre silenciosamente con nosotros y nos transforma. El tiempo íntimo que ampara nuestro devenir interior, y siempre ha sabido que nunca somos los mismos. Que somos cambios, divergencias, contradicciones, esperanzas, tristezas o amor. Es una temporalidad que se expande en diversas direcciones, que puede transcurrir de manera simultánea o coexistir en su pluralidad, en lugar de hacerse, ordenadamente, «pasado» o «futuro». Es el incesante devenir, más que alguna estabilidad, lo que acompaña o expresa esta sensibilidad temporal. Decía Diotima de Mantinea, la misteriosa sacerdotisa platónica, que un individuo nunca lleva consigo las mismas cosas, pues tanto su cuerpo como su alma están en constante renovación. Ni nuestros huesos ni nuestra carne, ni los hábitos ni las opiniones, permanecen nunca los mismos.<sup>7</sup> Y si en ese devenir unas cosas nacen y otras mueren,<sup>8</sup> en el devenir del postpresente ese morir no es más que tránsito y transformación.

En presente, en presente cambiante, *vivimos* nuestra vida. El día a día, con sus rutinas y acontecimientos, es siempre en presente. Como el vaivén de la respiración, el tiempo vital es un movimiento constante que no podemos medir ininterrumpidamente.<sup>9</sup> Es por ello que no sabemos, por ejemplo, cuándo nuestros recorridos vitales se distanciaron de nuestra juventud, cuándo fue que nos hicimos viejos. Ocurre que un día cualquiera, como dice Gadamer, nos sorprende la vejez.<sup>10</sup> Tampoco sabemos cuándo dejamos de sufrir una pena o cuándo dejamos de sentir amor. Solo podemos trazar algunos aproximados, hacer cálculos imprecisos, como tratando de ubicar períodos de transformación. Por ello, bien podríamos preguntarnos, entonces, por el pasado y el futuro de esos recorridos. Es decir, cómo podríamos entender «pasado» en un *proceso* en el que nos desenamoramos —o nos hacemos viejos—, y en qué sentido el desamor puede ser un *telos*. Por tanto, cuando la perspectiva que asumimos es la del tránsito y el paso de las cosas, la de los trayectos silenciosos que atravesamos y nos atraviesan, sentimos que se opaca el límite de lo pasado o lo futuro y se acentúa la transformación. La

---

7 Cfr. Platón, *Banquete*, 207d-e (Madrid: Gredos, 1997).

8 Cfr. Platón, *Banquete*, 207e.

9 «Y si no lo veo comenzar a moverse y sigue moviéndose —ni veo tampoco cuándo acaba— no puedo medir su duración», san Agustín, *Confesiones*, XI, 24.

10 Cfr. Hans-Georg Gadamer, *La actualidad de lo bello* (Barcelona: Paidós, 1991), 105. Gadamer hace una importante distinción entre «tiempo propio» —muy próximo a lo que aquí llamo tiempo vital— y «tiempo 'para algo'», el tiempo vacío que necesita ser «llenado». Cfr. 103 y ss. El postpresente no es, por supuesto, ese «tiempo 'para algo'»; tiempo de agenda y de reloj.

conciencia de un presente que se expande, y que sostiene la vida de cambios constantes. Donde convergen fuerzas, experiencias, emociones, heridas, enfermedades, que tejen la complejidad que nos «constituye».<sup>11</sup>

Nuestra vida interior no es una línea recta, tampoco el tiempo que la atraviesa. El fracaso, la demora o la pena de amor son parte del devenir, estaciones del camino que se recorre en sentidos diversos y cambiantes. Que regresan, continúan, acampan y se expanden. Como nos ocurre con la experiencia de la escritura, que se prolonga en sus propios tiempos y suele volver sobre sí misma, a transformarse, a escribir sobre lo escrito, lo de ayer y lo de hoy, que se hace nuevo párrafo cada vez. Por ello, la expresión «perdí la noción del tiempo», propia de amantes, pensadores y escritores es muy reveladora.<sup>12</sup> Es el tiempo vital que transcurre y no se mide, el de la respiración del presente cambiante. Lo que nombra el postpresente.

¿No se trata, entonces, ese tiempo vital, de tránsitos, cambios, procesos complejos donde las experiencias –incluso disímiles, contradictorias– pueden coexistir? ¿Tránsitos en los que hay desvíos, reencuentros, confusiones o acompañamientos? Vienen al espíritu resonancias de Heráclito, cuando nos advertía que lo joven y lo viejo, lo despierto y lo dormido, la vida y la muerte existen en nosotros como una misma cosa.<sup>13</sup> Con una reciprocidad en la que vejez y juventud se «encuentran» y, como la vigilia y el sueño, «son ‘uno’ gracias a su mutua convertibilidad».<sup>14</sup> La vejez no se entiende un *después* de lo vivido; ni el sueño un decirse aparte, «otro» de lo que nos ocurre en la vigilia. Hay un retomarse de uno mismo en ciertos tránsitos de la vida, testimonio de que no nos hemos abandonado y de la simultaneidad de voces y experiencias que podemos ser.

Esto no implica un misterioso viaje al pasado o al futuro, pues solo en tiempo presente ocurre la expansión vital, la maravilla de la transformación, lo que en silencio cuece, destila, con sus propios tiempos, el sabor de nuestros caminos. Por tanto, los cambios del presente, del presente que *debe* transcurrir, no tienden a «no ser», por el contrario, constituyen un entramado en el que se necesitan, se implican, se sostienen para provocar la transformación. Como ocurre con el vino o nuestras emociones. Y si sobreviene la explosión violenta, dionisíaca, de una emoción o se obtiene el «punto» del vino, no se revelan el *resultado* de ciertos procesos complejos, sino su condición

---

11 Dice san Agustín que el presente no se mide «porque no tiene extensión», *Confesiones*, 26, 339. El postpresente tampoco se mide, precisamente por su extensión.

12 Recordemos a Sócrates meditando en el umbral de la casa de Agatón, o cuando estuvo un día entero meditando de pie, en medio del invierno. *Cfr.* Platón, *Banquete*, 175a; 220b–c; Platón, *Teeteto*, 173d.

13 «Como una misma cosa se da en nosotros vivo y muerto, despierto y dormido, joven y viejo. Pues lo uno, convertido, es lo otro, y lo otro, convertido, es lo uno a su vez», *De Tales a Demócrito*. Trad. Alberto Bernabé (Madrid: Alianza, 1998), frag. 41 (88 Diels y Kranz).

14 Markovich, *Heraclitus*, 59.

de ser *parte* de esos procesos. Siguen siendo momentos del tránsito, pues la emoción volcánica se va a tornar distinta tras su erupción, y el vino eventualmente cambia o se deteriora. Otros procesos, entonces, seguirán su camino, enlazados con lo sucedido; tal vez coexistiendo, en entramado, rumiando otras fermentaciones.

Es filosóficamente importante, pero también amoroso con nuestras propias existencias, reconocer, como lo han hecho Deleuze y Guattari, que el rizoma –como la vida– «tiene como tejido la conjunción ‘y...y...y...’».<sup>15</sup> Porque nada en nosotros es definitivo, nada nos «define»; nos tejemos, cada vez, de volver a decirnos. Somos y no somos lo recorrido que sigue su expansión. No se trata de experiencias desconocidas y lejanas a la vida. Pensemos en el canto paciente de los mantras, por ejemplo, que va forjando redes invisibles del espíritu y que, tras su «silencio», sigue vibrando en la mente y el corazón. Incluso en los sueños. O en la ráfaga de algún perfume que inesperadamente nos roce, nos encuentre y, sin ninguna mediación, nos atraviese el instante de una escena del pasado. De una experiencia escondida de nosotros, como a la espera atenta, inmediata, de ser invocada. El perfume sigue su camino, como si ya hubiese cumplido su misión de transeúnte, y no sabemos de dónde ha venido ni a dónde va. Pero nosotros nos quedamos atentos de nosotros mismos, descubiertos una suerte de simultaneidad inesperada. «Aunque parezca que estamos quietos –escribe Rumi–, lo cierto es que nos estamos moviendo y las fantasías de los fenómenos se deslizan y nos atraviesan como las ideas a las cortinas. Se dirigen al pozo de amor profundo que todos llevamos dentro. Allí llenan sus jarras y se van».<sup>16</sup>

Desde esta perspectiva, la comprensión y la mirada sobre las cosas, sobre nosotros, se amplía y se devela más compleja. Pues podemos reconocernos una misteriosa simultaneidad de destellos de vida escondidos, entramados genéticos, emocionales, partes de tránsitos que nos alcanzan y de los que somos tan solo una estación. Portadores de fuerzas pasajeras –como los secretos genéticos– que, a su vez, se actualizan en otras almas que van a tejerse de esos y otros entramados. Nos reconocemos «episodios intermedios» del recorrido que sigue su expansión.<sup>17</sup> Por tanto, los tránsitos tampoco se *dirigen* a un lugar, como si tuvieran que alcanzar una meta, porque sea lo que acontezca sigue siendo devenir. Si pensamos en los tránsitos de una onda expansiva –de un lago o del universo–, por ejemplo, sus movimientos nos muestran una apertura continua, una pluralización de sí con diámetros cambiantes y un destino incierto. No pensamos en *la*

---

15 Deleuze y Guattari, *Mil mesetas*, 29.

16 Coleman Barks, *La esencia de Rumi* (Barcelona: Obelisco, 2002), 113-114.

17 Expresión de Nietzsche, *La genealogía de la moral*, (Madrid: Alianza, 1988), 97. «Un rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, intermezzo», Deleuze Y Guattari, *Mil mesetas*, 29.

onda del pasado, vemos *las* ondas que se abren y coexisten en esa pluralidad. Sin un *telos* qué alcanzar, salvo transformarse en otra cosa.

Si pensamos en nosotros, en la complejidad interior que nos fortalece —o nos debilita—, en las filtraciones de la sombra y la conciencia, en ciertas experiencias «pasadas» que sufren hondamente nuestro presente, haremos piel el entrecruzamiento, la expansión de lo vivido que aún resuena, los diversos caminos que recorremos y que van forjando lo que «somos». Nada nos espera para *ser* algo, para hallar una suerte de completitud; vamos *siendo*, en un despliegue que se inserta en transformaciones y nuevos senderos. Como dice Zaratustra, «La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta».<sup>18</sup> Estos movimientos del presente cambiante que fermentan en nosotros y en las cosas, donde no podemos trazar límites de inicio o final, nos van revelando el postpresente.

## γ. Imagen móvil

En el verso final de *El velatorio de Lao Tzu*, de Chuang Tzu, el poeta escribe: «Hemos visto consumirse un fuego en ramas. El fuego arde ahora en algún otro sitio. ¿Dónde? ¿Quién sabe? Estos tizones están ya consumidos».<sup>19</sup> El fuego hecho rama, la rama, tizón, el fuego en otro lugar, desconocido, el tizón con sus nuevas transformaciones..., nos permiten entrever esos tránsitos donde los límites se deshacen y todos se implican. No sabemos dónde arde el fuego, cuál ha sido su «futuro». Solo sabemos que consume y transforma mientras sigue su ruta desconocida. En esos tránsitos sentimos lo que quiere decirnos el postpresente. En los caminos que se recorren y son valiosos por el recorrido mismo, de origen incalculable y destino desconocido como el fuego. Lo que vimos ya no sabemos dónde está, pero reverbera, centellea, se transforma. (¿Es el tizón el pasado del fuego?). El sentido de las cosas, de la vida —si eso nos preocupa—, no nos aguarda en una suerte de llegada que valide lo vivido; se halla *en-durante* lo que se vive, con sus fuerzas, derrotas, amaneceres, demoras, rupturas y bosques. Y nosotros sabremos secretamente —en el mejor de los casos— qué aires de lo transcurrido aún acompañan el paso del aquí y el ahora. Qué fuerza postpresente da el paso simultáneo con nuestro andar. Esa fuerza que no es pasado ni futuro.

Se podría objetar, sin embargo, y con razón, que el fuego de las ramas efectivamente ha comenzado por la acción de alguna causa eficiente. Y que, al aparecer el tizón, ha culminado su presencia. O que un dolor que nos abruma tuvo inicio y quizá también fin. Con todo, lo que pone en tensión el postpresente es que ese inicio sea realmente un inicio, y no una resonancia de algo cuyo tránsito se nos pierda en el horizonte. Que

18 Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (Madrid: Alianza, 1988), Prólogo, 4.

19 Thomas Merton, *El camino de Chuang Tzu* (Madrid: Trotta, 2020), 18.

el final sea *el* final y no una transformación que se incorpore en otros tránsitos. Quien nos haya herido es, seguramente, un alma que también ha sido lastimada. Y, como del fuego del verso, de tránsitos aún más inciertos, quizá solo podamos dar testimonio de su transformación.

Estas reflexiones tienen «un aire de familia» con aquella idea antigua según la cual los descendientes de hasta la séptima generación, debían expiar las faltas de sus ancestros.<sup>20</sup> De alguna manera, a través de siete largas generaciones, las heridas, las culpas, las penas, se atravesaban de vida y viajaban en el tiempo. Se actualizaban, se decían cada vez. Y como el gen secreto de alguna enfermedad desconocida, de origen incierto, pero que se nos informa hereditaria, los antiguos sufrían sus penas. Acaso los descendientes de Edipo hayan tenido noticia de su terrible pena de antepasado. Con todo, la «séptima generación» nos da una idea de tiempo prolongado que enfatiza la resonancia de lo ocurrido. Como sucede cuando nos ha tocado ser una estación de ese gen desconocido, que hace de nuestro presente un tránsito adolorido y un nuevo decirse de ese dolor. Podemos preguntarnos, en medio de la pena –y la sorpresa–, ¿quién revive en esta piel lastimada? ¿Quiénes se han cruzado con nosotros? ¿Qué padecer se actualiza en este viaje clandestino? ¿Cuántas vidas, gestos, historias, nos atraviesan? ¿Qué es «lejos» y qué «cerca»? La enfermedad de tránsitos encubiertos nos duele, por supuesto, aquí y ahora. En un día a día que «evoluciona» –como el postpresente–. Ahora mismo puede estar afectando a consanguíneos desconocidos, de manera simultánea, o estar secretamente a la espera de hacerse *presente*. Sería muy extraño decir que portamos el gen del pasado o que ahora somos su futuro. Esos tiempos lineales, tan nítidos, colapsan en nosotros, enfermos, porque nos revelamos *todos* los tiempos. La estación que hospeda al transeúnte inesperado pero que ya implica su horizonte de expansión. Tránsito y simultaneidad. Somos el postpresente de esa piel adolorida. Episodios de su viaje.

Ese tipo de experiencias que no logramos aislar, por así decirlo, en pasado o futuro, que se filtran y nos impiden distinguir, la podemos pensar, también, con el «*alastos*» griego. Palabra que solemos traducir como «inolvidable», y significa alguna experiencia terrible que no deja de sufrirnos. Chretién se refiere, a propósito de los usos de *alastos*, al testimonio de Hesíodo, en *Teogonía*, sobre la situación de la diosa Rhea: «Rhea sufría terriblemente» (*Rheen d'êche penthos alaston*)<sup>21</sup> Como es sabido, Chronos devoraba a todos sus hijos por miedo a ser destronado. Pero el dolor de Rhea, dice Chretién, «se renueva sin cesar, no remite a la diosa al pasado, sino que marca el punto actual del desgarramiento. Y lo que aquí aflige es la interrupción de lo por venir, de

20 Cfr. Renaud Gagné, *Ancestral Fault in Ancient Greece* (Cambridge University Press, 2013).

21 Hesíodo, *Teogonía*, (Madrid: Gredos, 1981), v. 467.

lo reprobado de golpe *por un presente persistente y que quiere persistir siempre*.<sup>22</sup> Los tiempos se funden, se hacen simultáneos, duelen todos sus hijos –el dolor conoce bien esas alianzas–, y lo ocurrido y lo que ocurre, en expansión, forjan postpresente. El sufrimiento de lo «inolvidable» que abruma a la diosa, por tanto, «no atañe de ningún modo a la memoria. Tiene lugar en un éxtasis pasivo del sufrimiento, de un sufrimiento que no cesa de arrojarlos fuera de nosotros, de hacernos incapaces de encontrar donde sea, ni siquiera en nosotros, un refugio».<sup>23</sup> Un sufrimiento con el poder de descentrarnos y extraviarnos en los bosques oscuros de las cosas. Y de regresar. En este contexto difícil que nos ilustra el dolor, el de Rhea, o tal vez el nuestro, ¿qué significa «pasado»? Una herida de amor, ¿cuándo pierde ese poder de arrojo o deja de esparcir su goteo? ¿Acaso se transforma, en su tránsito complejo, en otra fuerza que anime otros momentos de la vida? Si no se trata de una experiencia indigesta, para decirlo con Nietzsche, donde el paso de la existencia no se ha hecho conciencia,<sup>24</sup> tal vez las verdades de lo asimilado se adueñen del alma. Con todo, la indigestión –si no acaba con nuestra vida–<sup>25</sup> suele aliviarse de transformación.

El postpresente pone el acento, hemos visto, en el camino. En caminos de sentidos diversos, porque la vida permea, reverbera, se filtra, se expande. El célebre libro del Tao Te Ching llama «Camino» a «una cosa formada del caos», anterior al cielo y la tierra, «Madre de cuanto existe bajo el cielo».<sup>26</sup> El camino es, así, la madre del mundo, de la existencia, y nos estremece con su verdad de transeúnte en el cielo, la tierra y el hombre.<sup>27</sup> Ese camino que se forma del caos, «inicia» en la transformación de las fuerzas que han permitido su aparición. La madre del mundo es recorrido, andadas, camino. Cuando Heráclito nos advierte, de nuevo, que el camino que sube es el mismo que baja,<sup>28</sup> nos alerta ante la *experiencia* de cada uno, porque la dirección del camino depende de nosotros. El sentido de las cosas es de quien las recorra y las vaya haciendo vida. Las redes del devenir son fuerzas complejas que van tejiendo sus propias rutas. Por ello, Nietzsche afirma que el desarrollo de algo «es cualquier cosa antes que su *progressus* hacia una meta, y menos aún un progreso lógico y brevísimo, conseguido con el mínimo gasto de fuerza y costes, –sino la sucesión de procesos de avasallamiento más o menos profundos, más o

---

22 Jean-Louis Chretien, *Lo inolvidable y lo inesperado* (Salamanca: Sígueme, 2000), 98. Cursivas añadidas. Lo interesante es que lo «por venir», desde la mirada del postpresente, es ese mismo presente que persiste.

23 Chretien, *Lo inolvidable y lo inesperado*, 99.

24 Cfr. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, 66-67.

25 En un sentido biológico y también espiritual: si no la estancia.

26 Lao Tse, *Tao Te Ching* (Madrid: Visor, 2013), 93.

27 «Por ello, el Camino es grande, el cielo es grande, la tierra es grande, el hombre también es grande», Lao Tse, *Tao Te Ching*, 95.

28 «El camino hacia arriba y el hacia abajo es uno y el mismo», frag. 33. Markovich, *Heraclitus*, 53.

menos independientes entre sí, que tienen lugar en la cosa».<sup>29</sup> Todo apunta a la fluidez, a los sentidos diversos, a «procesos de avasallamiento», a los cambios que se sostienen de postpresente. Como el dolor de Rhea o la pena profunda de un mal amor.

Ese permanecer del postpresente, la expansión y la transformación que lo expresan, exige una última consideración. Pues no se trata, como es evidente, del permanecer inmutable de la eternidad, de lo que es siempre igual a sí mismo, de san Agustín o, por supuesto, de Platón. En el diálogo platónico que lleva su nombre, Timeo hace una afirmación que además de hermosa, es siempre reveladora: el tiempo es una imagen móvil de la eternidad.<sup>30</sup> Nos dice que el demiurgo creador ha hecho nuestro universo como una imagen del eterno «Viviente perfecto».<sup>31</sup> Pero como la naturaleza de lo eterno no puede aplicarse a lo sensible, «se le ocurrió entonces crear una imagen móvil de la eternidad», a lo que hemos llamado tiempo.<sup>32</sup> Ese tiempo, nacido de los movimientos celestes, «imita a la eternidad».<sup>33</sup> Las almas platónicas sabemos de las complicaciones de la imitación de lo sensible a la eternidad de «lo real». Ahora, sin embargo, pensemos solamente en ese tiempo que se inspira en la eternidad. En su ser imagen móvil de lo estable. Timeo advierte que del «Ser eterno» no podemos hablar en términos de «era, es y será», porque el pasado y el futuro pertenecen solo al devenir. Al «Ser eterno» le corresponde únicamente «es».<sup>34</sup> Esto tiene, por supuesto, importantes consecuencias, pues lo que «es» no podría decirse del devenir. Pero como estamos pensando la vida en el mundo sensible, tenemos que pensarnos en el tiempo. Tenemos que decir, a pesar de las objeciones platónicas,<sup>35</sup> que las cosas del mundo «son» y se transforman constantemente. El postpresente pone el énfasis, hemos visto, en la persistencia del presente cambiante, en la conjunción de tiempos que se entrelazan, se transforman, se expanden y que, sin negar el cambio, tampoco se hacen pasado ni futuro. Se devela, entonces, como una manera temporal de vivir la permanencia, una cierta forma de ver el tiempo en su ser «imagen móvil de la eternidad». El postpresente permanece, persiste, pero se hace de movimientos incesantes, clandestinos, almas del fermento, capaces de provocar el milagro de lo que ha devenido. Quizá sea, finalmente, la versión móvil de la permanencia, que vive esta sensibilidad que nos sufre y nos embellece de inspiración divina.

---

29 Nietzsche, *La genealogía de la moral*, 88-89. La cita continúa de esta manera: «a lo que hay que añadir resistencias utilizadas en cada caso para contrarrestarlos, las metamorfosis intentadas con una finalidad de defensa y de reacción, así como los resultados de contra acciones afortunadas».

30 Platón, *Timeo*, 37d (Buenos Aires: Colihue, 1999), 121.

31 Platón, *Timeo*, 37d.

32 Platón, *Timeo*, 37d.

33 Platón, *Timeo*, 38b.

34 Cfr. Platón, *Timeo*, 37e-38a.

35 Platónicas en este caso. Podrían ser, también, objeciones budistas, cfr. Fernando Tola y Carmen Dragonetti, *Filosofía budista* (Buenos Aires: Las cuarenta, 2013).

## δ. La jarra llena de deleite

Si el camino que sube es el mismo que baja, el *sentido* de la ruta depende del caminante. No hay un algo invariable y en sí mismo que lo indique. Las experiencias, la complejidad de los tránsitos, la pluralidad-unidad cambiante de las cosas, incluidos nosotros, hacen que la dirección y el sentido sean distintos para todos. Sin embargo, nosotros mismos, hijos de la modernidad, asumimos con optimismo que en el futuro habrá soluciones y aproximaciones más lúcidas a las cosas.<sup>36</sup> En ese caso, el camino que sube ya no es el mismo que baja. Ni el que va hacia adelante, el que va hacia atrás. Ya no hay sentidos diversos. Por tanto, a los cambios que son inevitables e inherentes a las cosas, en la ciencia o en la vida, los llamamos «adelantos», «avances», respondiendo, así, a la idea de progreso. *Progressus*, para decirlo con Nietzsche. Lo que lleva consigo una comprensión más o menos lineal del tiempo, que en lugar de convocar «fuerzas de avasallamiento», resistencias, posibilidades, redes, espirales o expansión hacia diversas direcciones, *se dirige* hacia una llegada. Ir a Marte, curar el cáncer o la infelicidad. Las promesas contemporáneas del transhumanismo, por ejemplo, se asumen como avances de la ciencia y la tecnología, ante los que estamos a la espera de su llegada inminente.<sup>37</sup> Por su parte, el grueso de las reflexiones filosóficas sobre la pandemia que nos ha tocado padecer, ha sido vaticinios sobre el mundo *después* del virus, más que sobre las transformaciones que efectivamente *experimentamos*. En este sentido, el comportamiento del virus ha sido revelador: expandiéndose, transformándose, con un origen que se debate entre murciélagos y laboratorios, sin destino conocido. Mostrándonos su tránsito mientras se expande -penosamente para nosotros- a un ritmo de postpresente. Y aunque «postpresente» no deje de sonarnos extraño, no se trata de algo inédito, sino de reconocer que el transcurrir de las cosas y sus tiempos también son diversos, cambiantes, simultáneos y en múltiples direcciones.

Pero si la «exclusividad» de la dirección permanece en la linealidad temporal, alterar su *sentido*, volver a mirar lo sucedido, por ejemplo, para reelaborar o transformar, no tendría mayor importancia. Ese «regreso» sería, seguramente, a través de la misma línea recta, con el tono del retroceso -porque todo futuro será mejor-, y el ánimo de repetir.<sup>38</sup> Sin embargo, desde la perspectiva del postpresente, los cambios no son

36 Cfr. Ernst Cassirer, *Rousseau, Kant y Goethe* (México: F.C.E., 2007).

37 Cfr. Roberto Manzocco, *Transhumanism, Engineering the Human Condition* (Springer y Praxis Books, 2019).

38 El repetir de la verificabilidad, o el repetir de la nostalgia. En el ánimo de ir al «pasado», de «retroceder», nos topamos, en efecto, con la nostalgia, y el halo que hace del pasado un tiempo idílico perdido para siempre. Es otro modo de la repetición. Cfr. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método* (Barcelona: Sígueme, 1997). Sobre los peligros de la repetición, según Platón, y la diferencia con la perspectiva de

necesariamente «avances», son cambios; posibilidades, movimientos que ocurren en sentidos distintos. Los hallazgos del saber, sus revelaciones, transformaciones, teorías o hipótesis, como nuestros propios procesos interiores, van a enlazarse con otros, corroborarse o desestimarse para permitir diversas miradas. O tal vez se enlacen con ninguno y abran otros horizontes. Una vez más, se trata de acentuar el tránsito, sus estaciones y no los costados.

Lo que logremos solucionar o conocer, el alivio del cáncer o los viajes al espacio, es parte, entramado, de procesos complejos que cambian. Parte de las estaciones del «Camino», madre de todas las cosas; o del camino que sube y también baja. Si reconocemos esos sentidos diversos de los tránsitos, también los reconocemos en nuestros movimientos interiores. Y entonces dialogamos con nuestros fracasos, nuestros abismos, regresamos a ellos para transformarnos y transformarlos. Ese regreso, en realidad, es la posibilidad de sentir la presencia-simultaneidad de la resonancia de lo sucedido. Es la experiencia profunda de reconocer lo que no ha dejado de atravesarnos. Como también ocurre con las ondas gravitacionales del universo, de cuya señal nos hemos enterado hace poco. A propósito de tránsitos y devenires, nos hicimos testigos del encuentro con una onda que tiene siete mil millones de años expandiéndose, vibrando y atravesando distancias cósmicas inimaginables. Nos descubrimos testigos de la simultaneidad de la resonancia de lo sucedido. Como en las honduras del universo, también en las de nuestro corazón.

En este sentido, el saber del futuro, lo que *sabremos* sobre el universo, recorre la existencia cósmica desde el más profundo «pasado». Pero, desde la linealidad temporal, tendremos que preguntarnos, con temor y temblor, por lo que pueda significar aquí «pasado». Más aún, preguntarnos si la señal recientemente detectada es una onda del «futuro» con relación a ese «pasado». Y si nosotros estamos, entonces, con respecto a la señal, ante el pasado o el futuro. Si bien nos estamos refiriendo a un hecho físico, donde los tiempos pueden decirse de otra manera —y ya esto es revelador—, podemos pensar, sin embargo, nuestras propias formas de relacionarnos con el tiempo sin desestimar nuestra experiencia. Pensar qué significa pasado y futuro en los tránsitos que van tejiendo la vida. Nuestra tecnología, además, ha diluido las distancias entre las profundidades del universo y nosotros —como ha diluido todas las distancias—. El sonido que emite la onda detectada, por ejemplo, lo podemos escuchar desde la intimidad de nuestros teléfonos

---

Deleuze, *cfr.* Lorena Rojas Parma, «Callas in Concert: sobre el holograma, el recuerdo y la presencia», *Revista De Filosofía*, Universidad Complutense de Madrid, 45, no. 2 (2020), 317-339. <https://doi.org/10.5209/resf.61005>; también, acerca de los elementos nocivos de la repetición, *cfr.* Lorena Rojas Parma, «Decidiendo La Vida: El Mito De Er En República, De Platón». *THÉMATA. Revista De Filosofía*, Universidad de Sevilla, n.º 53 (junio 2016):31-62. <https://doi.org/10.12795/themata.2016.i53.02>.

celulares. Y sentirnos profundamente conmovidos. Por ello, esa expansión de siete mil millones de años es una suerte de testimonio cósmico –y espectacular– para pensar el postpresente.

Esto nos invita a preguntarnos si la tecnología digital y sus nuevas posibilidades de hacernos presentes, de acompañarnos y amarnos, sin importar distancias ni lugares, hacen de «la jarra vacía» un «recipiente con aire», para decirlo con Heidegger.<sup>39</sup> Es decir, si traicionamos la verdad de la experiencia de las «cosas» del mundo, si impedimos que la cosa *sea* cosa, en favor de alguna universalización que suprima la «cercanía». Esa importante reflexión del filósofo me recuerda, un poco, salvando las importantes diferencias, la nostalgia de los escolásticos cuando lamentaban la pérdida de la experiencia ante lo concreto que querían conocer, en medio de las fuerzas que se vigorizaban, por entonces, con Galileo.<sup>40</sup> Fuerzas distintas pero lastimadas por otra manera de comprender el mundo<sup>41</sup>. Nosotros, a pesar de todo, tal vez no tengamos que sufrir nostalgias, ni temer alguna traición a la vida o a su «cercanía» –especialmente ahora que pensamos el tiempo–, pues la disolución contemporánea de los dualismos<sup>42</sup> (como «lejos/cerca») y de cualquier separación en la existencia, se orienta, justamente, a no quebrarnos nosotros mismos de nuestras experiencias. A no desestimar perspectivas, como las del amor digital o la instantaneidad, que replantean sensiblemente la experiencia de la «cercanía». Por el contrario, se nos invita a reconocer, también, sus bondades. Con ello, a preguntarnos por la identidad de las «cosas», de nosotros, pues, con dificultad, puede asumirse como una entidad definitiva.<sup>43</sup> Desde la perspectiva del postpresente, se trata, hemos visto, de pluralidades simultáneas, entramados de experiencias que no se excluyen. Como la expansión de la onda infinitamente plural en siete mil millones de años de recorrido, que se encontró con nosotros. Por tanto, desde la pluralidad y la posibilidad de la que se atraviesan la existencia y la vida, podemos decir, amorosamente, con Rumi: «Cada objeto, cada ser, es una jarra repleta de deleite».<sup>44</sup>

En efecto, podemos convivir en medio de experiencias diversas sobre lo «mismo», sin establecer jerarquías, traicionar la sensibilidad u oponer resistencias. Convivir con las verdades del mundo subatómico, por ejemplo, y las experiencias que tenemos

---

39 Cfr. Martin Heidegger, *Filosofía, ciencia y técnica* (Santiago de Chile: Editorial universitaria, 1997), 223 y ss.

40 Cfr. Ernst Cassirer, *El problema del conocimiento* (México: F.C.E., 1986) 348 y ss.

41 Cfr. Galileo Galilei, *Diálogo sobre los sistemas máximos* (Buenos Aires: Aguilar, 1980).

42 Ferrando, *Philosophical Posthumanism*, 60 y ss.

43 Cfr. David Hume, *A Treatise of Human Nature* (Oxford University Press, 2001); Clement Rosset, *Lejos de mí*, (Barcelona: Marbot, 2007); Rossi Braidotti, *Sujetos Nómades* (Buenos Aires: Gedisa, 1994).

44 Barks, *La esencia de Rumi*, 21.

en el mundo a nuestra escala,<sup>45</sup> o con la afirmación del mundo como «vacuidad» e impermanencia de los budistas, y nuestra experiencia de lo sólido y estable. Las verdades cósmicas de la ciencia, pueden ser encuentros con nuestras experiencias íntimas de almas de este mundo. No hay quiebres. Así, la pregunta por el pasado o el futuro ante la señal de la onda cósmica, puede ser también una pregunta para nuestros tiempos vitales. Una pregunta para lo que es pasado y futuro al mismo tiempo en nosotros, entrelazado de presente, donde podemos respirar. Los tiempos vitales no son cuantificables ni «subjetivos», son tiempos que transcurren en nosotros, con su propio devenir. Tal vez por eso, decía, no tengamos que sufrir pérdidas —ni lastimarnos—, porque lo diverso inevitable de la existencia, se mantiene *siendo* en su diversidad.

## ε. De regreso

La expansión de ondas gravitacionales resuena en la expansión «permanente» de esos tiempos vitales, en la afirmación de Timeo en la que el tiempo es la imagen móvil de la eternidad. Y su pluralización, su tránsito dicho *n* veces de sí misma, su llegada a nuestro sistema solar como un rapsoda que canta la grandeza de lo sucedido, se revela como un relato maravilloso del postpresente. En el que se nos cruzan los tiempos y los sucesos. Y en esa brevísima señal captada sentimos un heraldo del universo, una vibración de corroboración y misterio, que nos recuerda a Whitman: «Lo indirecto es tanto como lo directo».<sup>46</sup> Estamos interactuando con un tránsito nómada que trae noticias desde las profundidades de *Mnemosyne*, y tiene algo qué contarnos de nosotros mismos. Acaso los pitagóricos tenían razón, cuando se referían a la alineación del microcosmos con el macrocosmos.<sup>47</sup>

Si hablamos de trayectorias expansivas, de ondas que viajan y deambulan el cosmos, hablamos, también, de la inestabilidad de las cosas que llevan consigo lo que ha sido, sigue siendo y seguirá expandiéndose en su transformación. En el mismo *Canto de la prudencia*, dice el poeta, como develando la existencia: «No existe nada consumado que no emane de otra consumación hace mucho tiempo ocurrida; y esta, a su vez, ha emanado de otra. No existe sin la consumación más alejada que pueda concebirse, la cual está un poquito más cerca del principio que las demás».<sup>48</sup> Todo se entreteje, emana, se implica y, tras ese «principio» corren las investigaciones, en especial desde lo que revela

---

45 Desde muy antiguo venimos pensando estas «diferencias» en las verdades de la razón y de la sensibilidad. Tal vez sea suficiente recordar los testimonios de Demócrito y Anaxágoras, *cfr.* Alberto Bernabé, *De Tales a Demócrito* (Madrid: Alianza, 1998).

46 Walt Whitman, «Canto a la prudencia», *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 2004), 474.

47 *Cfr.* Ángel Cappelletti, *Ciencia jónica y pitagórica* (Caracas: Equinoccio, 1980).

48 Whitman, *Obras completas*, 476.

esa señal captada de los tránsitos cósmicos. Se abre caminos, dicen los científicos, para conocer un poco más sobre el origen del universo, o lo que esté «un poquito más cerca del principio». Y eso, en cierta forma, es un regreso. Regresar es, por supuesto, uno de los sentidos posibles de nuestros caminos. Es recorrerse, atravesarse, pero no en el orden inverso de la línea recta, como un retroceso que busca reproducir lo sucedido -porque así no funciona la vida-, sino dando tumbos de búsqueda y extravío como el borracho que aún no sabe dónde queda su casa. Vagabundeando la noche y las teorías, merodeando secretos, tratando de orientarse. Como nos lo cuenta Rumi, en una maravillosa anécdota de Nasruddín: «Son las cuatro de la mañana. Nasruddín sale de la taberna y deambula por las calles de la ciudad. Le para un policía y le pregunta: ‘¿por qué anda usted deambulando por la calle a estas horas de la noche?’ ‘Señor’, le contesta Nasruddín, ‘Si supiera la respuesta a esa pregunta habría llegado a casa hace horas!’»<sup>49</sup>

Lo que se nombre con el principio, el origen o la casa ya no nos pertenece. Tendremos que disertar sobre lo que signifique el origen,<sup>50</sup> eso que permite que algo más se levante, aparezca y despeje el camino. En todo caso, andamos deambulando y solemos no saber la respuesta. Por ello, desde la perspectiva del postpresente, importa la transformación, el volver a decirse, la mirada que se fija en lo siguiente y se cruza con otro sendero que también se expande. Si los tiempos colapsan, como colapsan en el instante eternizado de los amantes o en la enfermedad desconocida y hereditaria que nos alcanza, también podemos caminar *de regreso*. Pero como la existencia es tránsito y cambios, en ese recorrido solo hallaremos lo consumado que emana de otra consumación. Y entonces, tal vez, nos quedemos deambulando en medio de la madrugada, como Nasruddín. «Tanteas como ebrio en la ruta del extravío (así se llama nuestro segundo nacimiento)», escribe Rafael Cadenas.<sup>51</sup> En ocasiones nos toca hacernos de nuevo, reorientarnos, recogernos y regresar a las resonancias interiores que aún nos hablan, en medio de una embriaguez dionisiaca y delatora.

En las primeras líneas de *De profundis*, de Oscar Wilde, nos encuentra ese tono del regreso al que me refiero, a través del dolor. El dolor que, como lo inolvidable o la enfermedad, no sabe de quiebres y distancias en los tiempos vitales. «El dolor es un momento prolongado –escribe Wilde– que no es posible dividir en estaciones. Lo único que podemos hacer es registrar sus caprichos y escribir la crónica de su retorno».<sup>52</sup> Lo prolongado que retorna, indivisible, que en su tránsito se adueña de la vida, es ese decirse distinto cada vez, que puede ir a su encuentro cuando regresa. Es el regreso del

49 Barks, *La esencia de Rumi*, 16.

50 Cfr. Peter Sloterdijk, *Venir al mundo, venir al lenguaje* (Valencia: Pre-Textos, 2006).

51 Rafael Cadenas, *Gestiones* (Mérida, Actual, 2011), 23.

52 Oscar Wilde, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 2004), 521.

postpresente, que se atraviesa de vida y transformaciones, pero que no va al «pasado». De nuevo, Whitman: «El alma es de sí misma. Todo converge hacia ella, todo se refiere a lo que sigue».<sup>53</sup>

Se trata, entonces, de los sentidos en los que niñez y vejez, vigilia y sueño, son «uno y lo mismo», transitan y se cruzan entre sí. De un regreso que se expande en una misteriosa transformación. En esos mismos versos sobre el vino y la taberna, Rumi escribe que «la fermentación es uno de los símbolos más antiguos de la transformación del ser humano».<sup>54</sup> Parece, entonces, otra manera de encontrarnos con el postpresente. En esa taberna tienen lugar procesos maravillosos, en los que ya no sabemos quiénes somos, emocionados de vino, excesos, deseo y confusión. Sin embargo, dice Rumi, «transcurrido cierto tiempo en la taberna se llega a un punto, a un recuerdo de otro lugar, a un añorar el origen, y los borrachos tienen que partir de la taberna e iniciar el regreso».<sup>55</sup> Como Nasruddín. Tras el recorrido del alma por las copas de vino, en la travesía secreta del fermento, se alcanza ese punto en el que se hace presente otro lugar, se cruzan los tiempos y los borrachos inician el regreso. Es el «inicio» que emana del tránsito transformador que ahora va en otro *sentido*, tras un origen que se abre a otros abismos. En esa vorágine profunda de taberna y embriaguez, Rumi cita *El Corán*: «Todos estamos de regreso». Pues en la belleza oscura de la fermentación, hay una verdad religiosa. Todos lo sabemos.

Y la transformación, la expansión, el devenir, la interrupción de la linealidad, la filtración, los desvíos, todo lo que ha venido en auxilio de este camino interior que trata de pensar el postpresente, confluye milagrosamente en estas líneas del poeta sufí, musulmán, de un «lejano» siglo XIII: «La ruptura, el salir gritando a la calle, comienza en la taberna, y el alma humana inicia su búsqueda de regreso a sí misma».<sup>56</sup>

## ζ. Hacia otros tránsitos

La permanencia del presente, su fugacidad persistente, su decirse plural y cambiante, su atravesarse del tiempo vital, han ido develando lo que anuncia el arribo del postpresente. Este presente expandido es un entramado de relaciones y caminos, que opaca los costados definitivos de término o principio. Como ocurre con los entramados genéticos, nuestras penas o nuestras transformaciones silenciosas. San Agustín, quien nos dio amparo en esta breve reflexión, sabía muy bien que el presente, a pesar de su

---

53 Whitman, *Obras completas*, 474.

54 Barks, *La esencia de Rumi*, 14.

55 Barks, *La esencia de Rumi*, 14.

56 Barks, *La esencia de Rumi*, 14.

fugacidad, era el tiempo en el que podíamos recordar o esperar. Por tanto, nos dijo que solo contamos con el presente del pasado, el presente del futuro y también el presente del presente.<sup>57</sup> Los movimientos del alma transitaban dentro de sí misma, dejándonos intuir esa presencia del pasado que ocupa al alma que se encuentra consigo misma. Con todo, el postpresente, que se asemeja más a una red, en lugar de ver lo sucedido como «pasado» nos lo muestra como un entrecruzamiento de experiencias que resuenan en nosotros y van cambiando durante su recorrido. Expansiones que nos atraviesan y dan cuenta de la pluralidad que podemos ser. Hay experiencias, por supuesto, que no son más que recuerdos indiferentes, o que simplemente no recordamos. Así como los tránsitos vitales, de los que ni siquiera nos percatamos.

Sin embargo, desde la mirada de este entrecruzamiento, de la expansión de las cosas, de la consumación que emana de otra consumación, del ancestro culpable y desconocido de hace siete generaciones, todo sigue estando en vínculo diverso, todo sigue siendo presente expandido, presente cambiante, transformado, postpresente. Asimismo, si la vida se teje de experiencias que se transforman, tampoco vamos hacia el futuro como un tiempo que nos espera, donde algunas cosas quizá cobren sentido. Como la fermentación o la consumación de otra consumación, caminamos nuestra existencia.

Por lo demás, ser «pasado» o «futuro» es siempre relativo al presente cambiante en el que nos encontremos. Ahora mismo nuestro presente es el pasado de nuestro futuro y, simultáneamente, el futuro de nuestro pasado. ¿Qué es, entonces, pasado? ¿Qué, futuro? Esos tiempos también son plurales, diversos, dependen del presente desde donde los invoquemos. De nuevo, las cosas no son definitivamente de una manera, no son unívocas o solo lineales, se atraviesan de relaciones, pluralidad y posibilidades. Como nosotros ante los tiempos del universo. Por tanto, lo que reconoce el postpresente es el tránsito del presente siempre cambiante y en expansión, que no se hace pasado o futuro. Con la virtud de reconocer, también, que nuestra vida transcurre siempre en presente.

Si el postpresente nos ubica, entonces, en el tránsito de las cosas, finalmente se trata de la conciencia y el amor por la «experiencia misma», como escribe Wilde, «y no de los frutos de la experiencia, cualesquiera que fuesen, dulces o amargos».<sup>58</sup> Se trata de la estima del momento, de la pincelada, la exhalación, la mirada, el café, la aurora. Todo lo que va forjando nuestro presente cambiante, transcurriendo en nosotros, haciendo la vida.

57 San Agustín, *Confesiones*, XI, 20, 333.

58 Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Grey* (Barcelona, Planeta, 2002), 131.

## Referencias

- Agustín. *Confesiones*. Madrid: Alianza, 1994.
- Barks, Coleman. *La esencia de Rumi*. Barcelona: Obelisco, 2002.
- Bernabé, Alberto. *De Tales a Demócrito*. Madrid: Alianza, 1998.
- Braidotti, Rosi. *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa, 2013.
- Braidotti, Rossi. *Sujetos Nómades*. Buenos Aires: Gedisa, 1994.
- Cadenas, Rafael. *Gestiones*. Mérida: Actual, 2011.
- Cappelletti, Ángel. *Ciencia jónica y pitagórica*. Caracas: Equinoccio, 1980.
- Cappelletti, Ángel. *Mitología y filosofía: los presocráticos*. Bogotá: Cincel, 1987.
- Cassirer, Ernst. *El problema del conocimiento*. México: F.C.E., 1986.
- Cassirer, Ernst. *Rousseau, Kant y Goethe*. México: F.C.E., 2007.
- Chretien, Jean-Louis. *Lo inolvidable y lo inesperado*. Salamanca: Sígueme, 2000.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos, 2002.
- Deleuze, Gilles. *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós, 1989.
- Ferrando, Francesca. *Philosophical Posthumanism*. Nueva York: Bloomsbury, 2019.
- Gadamer, Hans-Georg. *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Barcelona: Sígueme, 1997.
- Gagné, Renaud. *Ancentral Fault in Ancient Greece*. Cambridge University Press, 2013.
- Galilei, Galileo. *Diálogo sobre los sistemas máximos*. Buenos Aires: Aguilar, 1980.
- Heidegger, Martin. *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Editorial universitaria, 1997.
- Hesíodo. *Teogonía*. Madrid: Gredos, 1981.
- Hume, David. *A Treatise of Human Nature*. Oxford University Press, 2001.
- Lao Tse. *Tao Te Ching*. Madrid: Visor, 2013.
- Markovich, Miroslav. *Heraclitus*. Mérida: U.L.A., 1968.
- Manzocco, Roberto. *Transhumanism, Engineering the Human Condition*. Springer y Praxis Books, 2019.
- Merton, Thomas. *El camino de Chuang Tzu*. Madrid: Trotta, 2020.
- Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 1988.
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 1988.
- Platón. *Diálogos*. Buenos Aires: Colihue, 1999.
- Platón. *Diálogos*. Madrid: Gredos, 1997.

- Rojas Parma, Lorena. «Callas in Concert: sobre el holograma, el recuerdo y la presencia». *Revista De Filosofía*, Universidad Complutense de Madrid, 45, no. 2 (2020), 317-339. <https://doi.org/10.5209/resf.61005>
- Rojas Parma, Lorena. «Decidiendo La Vida: El Mito De Er En República, De Platón». *THÉMATA. Revista De Filosofía*, Universidad de Sevilla, no. 53 (junio 2016): 31-62. <https://doi.org/10.12795/themata.2016.i53.02>.
- Rosset, Clement. *Lejos de mí*. Barcelona: Marbot, 2007.
- Sloterdijk, Peter. *Venir al mundo, venir al lenguaje*. Valencia: Pre-Textos, 2006.
- de Spinoza, Baruch. *Ética según el orden geométrico*. Madrid: Aguilar, 1980.
- Tola, Fernando y Dragonetti, Carmen. *Filosofía budista*. Buenos Aires: Las cuarenta, 2013.
- Whitman, Walt. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 2004.
- Wilde, Oscar. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 2004.
- Wilde, Oscar. *El retrato de Dorian Grey*. Barcelona: Planeta, 2002.